

Pesimismo profundo
Ignacio Moya©

ISBN: 978-956-9136-56-6

Editorial Librosdementira Ltda.®
Santa Isabel 0151, Providencia, Santiago de Chile
contacto@librosdementira.org

Composición y diseño por Librosdementira
Ilustración de cubierta por Virginia Herrera

Primera edición, julio de 2018
Santiago de Chile

* Se permite la reproducción y exposición al público total o parcial de este libro, siempre que no sea con fines comerciales o de lucro y se cite al autor y al sello editorial.

Descubre nuestro catálogo completo en www.librosdementira.cl

PESIMISMO PROFUNDO

Ignacio Moya Arriagada



LIBROS DE **MENTIRA**
EDITORIAL



Por siempre en mi corazón:

*Patricia, Nicolás, Silvana, Sandra, Raúl, Katia, Ian,
Cami y Diógenes*



Prólogo

Este libro, y no cabe duda de que así lo notará el lector, ha sido escrito desde una posición de resistencia a este tiempo marcado por la prisa y la precipitación. Resistencia a un tiempo rudamente pragmático que fuerza a desoír las solicitudes que reclaman el ejercicio de nuestra capacidad meditativa. Meditar es una de las praxis en que el ser humano se resiste a pasarle a la vida por encima. Meditamos porque la vida nos reclama prestarle atención a su misterio y desafío. Meditamos como señal de que estamos vivos y que no nos da lo mismo escrutar lo que eso implica o dejar de hacerlo. Meditamos como una exigencia de autenticidad existencial y honestidad intelectual, como rebeldía a la posibilidad de la banalidad, del error, del autoengaño o de los estados de ilusión que nos seducen. Meditamos porque hay una existencia que excede al número y al cálculo, porque creemos que la vida consiste en algo más que ocuparnos en resolver del mejor modo posible el *conatus* de la sobrevivencia.

El contenido de esta obra es precisamente una meditación. Escritura expresiva, rigurosa y sobria, cabría decir, de su despliegue y conclusión. El acto personalísimo de comunicación de un autor implicado y complicado en el problema del sentido de la vida que plasma en una interrogación que difícilmente deja indiferente:

¿Cuál es la actitud vital fundamental que nos cabe mantener ante la experiencia del mundo: el pesimismo o el optimismo? ¿Cuál de estas es la actitud más veraz, la más honesta, la más consistente con la experiencia de la vida y el alcance comprensivo que podemos lograr de ella?

Desde su título estamos advertidos de cuál es la respuesta que contiene este libro. Se propone y desarrolla aquí la idea del *pesimismo profundo*. Persiguiendo la precisión posible en este tipo de cuestiones, y no sin cierta pretensión de exhaustividad, el autor avanza delimitando lo que este pesimismo es y lo que no es. En este proceso reside uno de los mayores méritos de esta meditación. La virtud intelectual de identificar los matices que la realidad nos exige atender cuando queremos lograr una comprensión auténtica, está presente de manera lúcida y permanente, como reflejo de un pensamiento consciente de lo que piensa y de las posibilidades, teóricas y prácticas, que están en juego o que él mismo se encarga de poner en juego. El escrutinio de posiciones y argumentos es ampliamente abarcativo. Ignacio Moya deja fuera poco o nada de lo que su empresa exige revisar. El examen, celosamente pertinente y preciso, de autores como Marco Aurelio, Leibniz, Voltaire, Wittgenstein, Heidegger, Camus, Cioran, Benatar, Zapffe, por mencionar algunos de los más significativos, son indicación de una reflexión amplia en su alcance y rica en su complejidad.

Honestidad y rigor intelectual operan en estas páginas como un lazo capaz de atar al lector llevándolo a proseguir la lectura de una meditación que no evade, durante su despliegue, ponerse en tensión a sí misma, que evita las simplificaciones, que denota el coraje de pensar lo incómodo y que atiende aquello que solemos postergar, desatender o eludir.

El *pesimismo profundo* viene a ser la posición propia de un autor que ha mantenido especialmente una larga conversación filosófica con la obra de Schopenhauer. Más aún, como él mismo confiesa, representa una posición que solo es posible sostener después de la obra de Schopenhauer. En esta perspectiva, este libro nos recuerda el auténtico sentido filosófico que tiene la lectura de un pensador del pasado, sentido que muchas veces queda fuera de los marcos actuales de una productividad académica encerrada en los tecnicismos de la erudición. Tal sentido filosófico consiste en dejarse interpelar por un pensador y exponerse a lo que en su obra nos exige pensar por nosotros mismos para así intentar arraigar reflexivamente en la experiencia de la propia vida y circunstancia. Este libro no es una lectura de la obra de Schopenhauer, es el resultado meditado de ella. Resultado que es decantamiento, hondo y reflexivo, de un pensamiento vivo que no se extravía en las simplificaciones y sabe evitar la precipitación.

Pero cabe reparar también en que este escrito tiene un comienzo no-teórico, es decir, no arranca con el

análisis de un concepto, sino con la experiencia de un desgarró: la insostenibilidad de la indiferencia frente al sufrimiento del otro. Aquí reside la señal de identidad del espíritu de estas páginas. Es como si el *pathos* de la alteridad vertebrara toda la meditación que aquí se presenta. Afectación ante el sufrimiento ajeno tan profunda que llega a atenuar esa ajenidad hasta prácticamente disolverla, afectación que desnuda nuestra humanidad común, afectación que abre la conciencia a la fragilidad de nuestra condición. “La pregunta por el sufrimiento, una vez hecha, habitará invariablemente por siempre dentro de nosotros”. Estas palabras explicitan el sustento de toda esta meditación. Aquí reside la fuente originante que compromete a su autor con la honestidad y el límite del pensamiento. El sufrimiento es la semilla del pesimismo, y si uno es el reflejo del otro, se sostendrá. La posición del *pesimismo profundo* verifica la imposibilidad de que no haya en absoluto sufrimiento y la imposibilidad de encontrar una razón que justifique el sufrimiento. Doble imposibilidad que deja comprometida la alternativa de que haya un sentido de la vida. Un sentido, he aquí la radical especificidad de esta posición, capaz de justificar el sufrimiento humano. Pesimismo que es un escepticismo insuperable; escepticismo que viene a verificar lo injustificable, la carencia total de una razón suficiente para encontrar sentido al sufrimiento de las víctimas que la historia acumula.

Llegado a este punto me permito hacer una confesión: Algunos pesimistas, escépticos y nihilistas han

formado parte de mis lecturas más apreciadas y reconozco mi especial atención a esos momentos en que resisten entregar todo el territorio al imperio del sinsentido. El pesimismo de Cioran, indiscutiblemente uno de los más notables y enfáticos de la literatura contemporánea, llevó a un periodista a preguntarle, a mi juicio con dudosa pertinencia en su formulación, si no sería el suicidio la opción por la que él debería personalmente optar para ser coherente con lo que sostiene en su obra. Su respuesta fue enfática: “¡Por qué me voy a suicidar si puedo escuchar a Bach, tomar un café y conversar con un amigo!”. Hay en esta respuesta una suerte de nominalismo del sentido que animaría, a cada quien con su propia lista, a demorarnos en la vida. En una línea semejante, el escéptico más importante del siglo XX, Odo Marquard, postuló, como necesidad de la consciencia moderna postmetafísica, una dietética de la expectativa de sentido. El pesimismo vendría como consecuencia no de la ausencia de sentido sino de un exceso en la expectativa de sentido. Los seres humanos tenderíamos a desarrollar el anhelo de una suerte de sentido sensacional que nos hace ciegos a la pluralidad de los pequeños sentidos que pueblan la vida, que esperan ser reconocidos y que encierran posibilidades suficientes para nutrir el ánimo vital. Y si de nihilistas se trata, la ruta que abrió Nietzsche sosteniendo que el nihilismo es la auténtica condición del mundo y de la vida, que simplemente “faltan el por qué y el para qué”, concluyó con la declaración de su autoimagen como el

mayor pensador positivo de la historia y el proyecto de una “ciencia jovial” destinada a generar sentidos que redunden en la voluntad de poder, en la afirmación vitalista de la vida.

Pues bien, creo que ninguno de estas posiciones resultaría suficiente para lo que inquieta a Ignacio Moya: la (im)posibilidad de un sentido que logre cubrir el hiato abismal entre las razones que damos y la experiencia del sufrimiento humano como constante histórica. Por lo tanto, la identidad de este texto, y a mi juicio también su valor y mérito, consiste en una subordinación a la ética; hay en él un interés infinito por los seres humanos. Expresión, me permito recordar, con la que Kierkegaard había ya calificado a Sócrates y su praxis, y que estaría, por tanto, en el impulso originario de la filosofía. *Pesimismo profundo* e interés infinito por los seres humanos hacen inconfundibles tal pesimismo con el derrotismo, la apatía, la depresión o la indiferencia frente a la suerte de los demás. La inherencia necesaria entre *pesimismo profundo* y la acción comprometida con la evitación o disminución del sufrimiento, junto con ser una de las tesis centrales de este libro, representa uno de sus méritos más estimables y una razón suficiente, esta vez cabe el término, para leerlo.

Finalmente, un respeto irrestricto al lector es lo que recorre las páginas de este libro, no hay en él afán de aleccionar ni conducir, tampoco esfuerzos retóricos denodados por convencer como si en eso se cifrara el

éxito o la justificación de la empresa realizada. Hay argumentos y contrargumentos, riqueza de matices, hemos dicho, identificación de la complejidad, reconocimiento de las ambivalencias de la experiencia escrutada, esbozo de la plausibilidad o legitimidad de las alternativas. El *pesimismo profundo* realiza un decir para mostrar los límites del decir y la pertinencia del silencio. Pertinencia del silencio que es consecuente con los límites y contingencia de la razón humana. Pertinencia del silencio como respeto a aquellos ámbitos en los que solo cabe la decisión personal intransferible. Pero nada de esto puede confundirse con la indiferencia. La posición del autor es manifiesta y clara. La apología razonada de la misma queda expuesta, o propuesta, aunque evitando siempre los excesos enfáticos. Sujeción total a la sobriedad. “Juzgue usted” es lo que el autor parece querer decirle al lector como reflejo de un respeto que anima cada una de estas páginas. Respeto que hace que este libro resulte tan admirable y, me permito confesarlo, tan entrañable.

Maximiliano Figueroa
Doctor en Filosofía



Hablar para no hablar

Primero sufrimos. Pero la semilla del pesimismo aparece dentro de nosotros la primera vez que vemos a otro sufrir. Esto porque ver a alguien sufrir es experimentar el dolor de una manera que el sufrimiento propio no permite. La dolencia propia se vive y se vive intensamente, sí. Pero cuando contemplamos cómo otro ser (humano o animal) sucumbe y cae rendido ante el dolor, en ese momento nos damos cuenta de que estamos, como espectadores, en presencia de un hecho que perturba, atrapa y embruja. En ese momento de dolor ajeno el espectáculo de la vida se despliega ante nosotros y revela una verdad fundamental de la existencia: Que todos sufrimos.

Al observar perplejo cómo ese otro ser reclama con todas sus fuerzas por el dolor que le ha caído encima, cómo se rebela en contra de lo que le ha tocado vivir y cómo maldice la existencia, aparece en nosotros aquella pregunta que pronto se convierte en la única pregunta que nos importa: *¿Por qué sufrimos?* Constatar el sufrimiento y la sola necesidad de tener que hacerse esa pregunta revela y por siempre instala en nosotros la clara intuición de que hay algo mal en este mundo, algo que requiere una explicación, algún tipo de justificación. Así, un gran manto de duda, sospecha, malestar e

incomodidad con la existencia se cristaliza en nosotros. Y una vez allí, nos acompaña por siempre.

La pregunta por el sufrimiento, una vez hecha, habitará invariablemente por siempre dentro de nosotros. Esto, en todo caso, es algo que pasa con todas las preguntas, pues una pregunta hecha es una pregunta que nunca desaparece. La razón se debe a que las preguntas viven y persisten en nosotros de dos maneras. Primero: de forma directa a través de su presencia explícita, punzante y a ratos obsesiva (y aunque a veces no se *sienta* presente, la pregunta puede nuevamente aparecer de forma imprevista en cualquier momento). Segundo: si la pregunta ha sido respondida, entonces su presencia persiste de forma indirecta a través de su respuesta (porque la respuesta contiene en sí misma la pregunta).

El que se hace la pregunta por el sufrimiento de la vida no está solo. Esto porque enfrentar el desafío de vivir una vida condicionada por el dolor e intentar comprender *por qué sufrimos* ha sido una tarea milenaria. La historia cuenta que hace dos mil quinientos años Siddharta Guatama abandonó el palacio en el que vivía como príncipe y tuvo cuatro encuentros con el sufrimiento humano que lo cambiaron para siempre y que le sirvieron de incentivo para buscar y encontrar el camino para evitar el dolor de la existencia. Siddharta Guatama vio y comprendió con absoluta claridad: la vida está llena de sufrimiento y algo hay que hacer (según él, lo que había que hacer, esencialmente, era *desapegarse* de

este mundo y trascenderlo para no vivir encadenado ni condicionado por las necesidades que esta realidad nos impone. Y con esas palabras, Siddharta Guatama fundó al budismo).

Que el sufrimiento sea la semilla del pesimismo se explica porque uno es el reflejo del otro. Esto porque el pesimismo es una respuesta a la pregunta de *por qué sufrimos*. Y la respuesta específica que ofrece el pesimista es que *no existe* razón que justifique el sufrimiento. No es, por cierto, la única respuesta posible ante la pregunta por la ubicuidad del sufrimiento. Pero, como veremos más adelante, es la mejor respuesta posible.

Muchas veces, y de manera pedestre y simplista, el pesimismo se asocia con el derrotismo, la depresión, la melancolía, la indiferencia y la apatía. Se asocia con la idea de creer que todo va a salir mal, con el mal humor y con una actitud negativa hacia todos y todo. Un misántropo. Esto no tiene por qué ser así necesariamente. Es posible que existan personas pesimistas y apáticas. O pesimistas y depresivas. Pero esta relación no es necesaria. Se puede ser filosóficamente un pesimista y no ser un derrotista o un apático. El pesimismo es solo una respuesta que nos llama a aceptar el sinsentido de la vida y, por consiguiente, del sufrimiento. Sostiene que no existen razones sobre las que podemos descansar. No hay explicaciones que le den tranquilidad a nuestras mentes. El sufrimiento solo *es*. La vida solo *es*. Dado que no existen razones o justificaciones, la futilidad y

la insignificancia de nuestras vidas se hace evidente. Y de esa evidencia se desprende que nada importa realmente. Todo es irrelevante. La inutilidad de nuestro sufrimiento y de nuestras vidas se presenta como una realidad que se vive de manera implacable e ineludible. El pesimismo, entonces, es una corriente filosófica que plantea que la vida es fundamentalmente sufrimiento y que el dolor es parte constituyente de la vida. En este punto reside la clave del pesimismo: en reconocer y aceptar la irracionalidad del mundo y la irracionalidad de todo sufrimiento.

A partir de lo anterior, parece posible inferir que hablar de pesimismo requiere de una cierta osadía, fortaleza y convencimiento que parece negar la esencia de lo que representa el pesimismo. Es decir, si nos tomamos en serio la idea pesimista de la existencia, de que a final de cuentas nada importa, entonces la conclusión que parece seguir es que escribir o hablar sobre pesimismo no importa (y no importa precisamente porque nada importa). Y si nada tiene sentido y nada importa, ¿por qué me he dado la molestia de escribir? ¿Y por qué usted se ha dado la molestia de estar leyendo estas palabras? Parece un gran ejercicio filosófico en futilidad.

Hay una paradoja en esto. Pero la paradoja para el pesimista no se limita al acto de escribir. Esto es porque vivir es en sí mismo paradójico; vivir es siempre dar nuestro consentimiento a la idea de que la vida sí importa. Entonces si el pesimista dice que la vida no

importa, pero la vive igual, algo parece fuera de lugar. El pesimista es el único ser en este mundo capaz de representar en todo su esplendor y magnificencia lo contradictorio que es existir. Él es quien lleva la tensión de la vida a su punto más alto; él es la cristalización, el recordatorio vivo de lo absurdo y lo paradójico que es vivir. Con cada paso y con cada bocanada de aire, el pesimista es la futilidad hecha carne.

¿Qué hacer? De todas maneras, el pesimista que vive debe responder de qué manera se puede disolver el dilema entre, por una parte, vivir y, por otro lado, sostener que nada importa. Lo que yo propongo ante este dilema es el silencio. Propongo callar. No hablar de pesimismo. No hablar de la irrelevancia, la futilidad, la intrascendencia y la insignificancia de nuestras vidas. Lo que propongo es constatar y aceptar la futilidad de todo para, después, seguir adelante con nuestras vidas sin sentir la necesidad de promover activamente estas ideas pesimistas.

Pero para eso, para callar, primero debo hablar. Aunque esto parezca extraño (tener que hablar de un tema para después callar), no es nuevo en filosofía. Ludwig Wittgenstein en su obra *Tractatus Logico-Philosophicus* hizo exactamente eso. En ese libro, Wittgenstein escribió acerca de los límites del lenguaje, el pensamiento y de lo que se puede decir de la realidad. Para Wittgenstein existen proposiciones (o afirmaciones) que tienen sentido y otras que no tienen sentido.

Las que tienen sentido son todas aquellas que retratan la realidad (y que pueden ser verdaderas o falsas) y las que no tienen sentido son todas aquellas que, supuestamente, trascienden la realidad (es decir, intentan hablar de cosas que no son hechos del mundo, que no retratan la realidad y por lo tanto no pueden ser verdaderas o falsas). Wittgenstein termina diciendo que una vez que comprendemos eso, que comprendemos los límites del lenguaje, entonces nos damos cuenta de que lo realmente importante se encuentra por siempre más allá de lo que el lenguaje puede capturar. Con todo, cuando de las cosas realmente importantes se trata, no podemos decir nada. Solo hay que guardar silencio.

Es decir, el libro de Wittgenstein habla del mundo y de lo que se puede o no decir acerca de él para concluir que nada de lo que se puede hablar importa realmente. Pero para hacer eso (darse cuenta de los límites del lenguaje para que después, si queremos superar ese límite, lo hagamos sin usar el lenguaje) es necesario saber, entender y reconocer lo que podemos hacer con el lenguaje. Hay que, como él mismo dice, usar la escalera (el lenguaje) para llegar donde queremos llegar y luego deshacerse de la escalera para así finalmente comprender y apreciar todo lo que se despliega ante nosotros. De manera muy clara, las dos últimas proposiciones en el *Tractatus* dicen:

6.54 Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo; que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas. (Debe, pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido).

Debe superar estas proposiciones; entonces tiene la justa visión del mundo.

7 De lo que no se puede hablar, mejor es callarse.

Hablemos de pesimismo entonces. Pero lo haremos solamente para después darnos cuenta de que es mejor callar sobre este tema (aunque por razones distintas a las que propone Wittgenstein).